

# SEÑAL MEMORIA

7 de agosto de 1970

Presidente de la República

## Misael Pastrana Borrero

### *Discurso de posesión.*

El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el Excelentísimo señor doctor Misael Pastrana Borrero, al tomar posesión ante el Congreso como Presidente constitucional de Colombia para el período 1970 - 1974:

«Desde el amanecer de la república ha sido noble tradición colombiana que el gobernante ungido con su mandato jure solemnemente, en este augusto recinto de la democracia, su lealtad a las instituciones y su respeto a los derechos y garantías ciudadanos. Quisieron así en su sabiduría los creadores de la nacionalidad que el pueblo, representado por el Congreso, fuera el testigo de los compromisos de su mandatario. Hoy me corresponde renovar ese juramento, muy pocas veces interrumpido a lo largo de nuestra historia republicana, y lo hago con una lealtad que brota de lo más hondo de mi espíritu, con la humildad que exige el inmenso honor que se me ha entregado con esperanzas, con la irrevocable decisión de ser fiel a la herencia de grandeza y dignidad que constituye el pasado atormentado de Colombia y de abrir cauces nuevos para construir el futuro de fe, unidad y justicia que se percibe en las miradas de nuestras gentes. Sé que en este lugar me escucha la Nación entera expresada en los sectores de una sociedad múltiple pero no fragmentada.

En estos doce años del inmediato pasado el país orientó su acción política a establecer entre los colombianos la paz, quebrantada por un doloroso interregno de luchas violentas. Nació así el Frente Nacional como un esfuerzo civilizador, y los partidos aceptaron compartir la responsabilidad del gobierno y colaborar en la búsqueda del bien de la Patria.

Quien observe el curso de los hechos recientes encontrará que los logros han sido grandes. El sectarismo quedó superado, porque desde el momento en que fueron depuestos los odios entre los hijos de una misma Patria, hemos contado con una serie de gobiernos conscientes de que su esencial tarea es mirar por en-

cima de los intereses banderizos los altos reclamos de una nación integrada.

La juventud nacida y levantada en este nuevo clima de concordia no entiende cómo pudo alguna vez ocurrir la catástrofe que los acuerdos del entendimiento han buscado remediar, y no está dispuesta a repetir los errores que venturosamente quedaron sepultados en el pasado.

El primer objetivo del gobierno será consolidar esta obra, con la conciencia de que nuevos signos inquietantes aparecen en el horizonte de la república y viejos problemas que reclaman solución irrumpen al primer plano de las preocupaciones. La paz es ante todo un valor espiritual de complejos aspectos políticos, económicos y sociales. No basta por ello haber logrado la convivencia entre los partidos tradicionales. Es necesario penetrar en las dimensiones de una paz que sólo es posible en cuanto seamos capaces de romper las rigideces sociales que dificultan la marcha de una nación sedienta de justicia.

Nos encontramos ante un futuro retador y ciertamente apasionante. Se han desgastado las viejas emociones y muchos de los conceptos de la antigua política han perdido su verdad y su poder de persuasión. Lo que hoy les da fuerza a las ideologías es la mística de cambio y de realización. El mismo escepticismo que invade el presente nos inyecta optimismo por el futuro, actuando a manera de savia fresca de la nación. El despertar de una nueva política no puede ser un despertar lleno de ira, un despertar enfurecido y agitado por el odio. La política ha de ser el deber constante y tranquilo de edificar una nación justa. Pero hay que llegar a la raíz misma de los conflictos, pues de ella brotan la desigualdad y la injusticia. Millares de compatriotas se hallan en condiciones atroces de existencia social, pues no participan de los bienes comunes, ni como beneficiarios ni como actores. Son hombres destituidos de sus derechos inmanentes, para quienes ha prescrito el

tiempo de la resignación. Si queremos extender la paz del ámbito de los partidos al de las clases distantes, tendremos que hacer que el modelo que sirvió para motivar el consenso entre nuestras colectividades tradicionales inspire en forma similar la convivencia entre privilegiados y desposeídos.

Por eso he concebido la proyección de un Frente Social y quiero reiterar formalmente la invitación a constituirlo. No como un sustituto, sino como complemento y realización plena del Frente Nacional. Porque el desarrollo no podemos mirarlo como un problema exclusivamente económico, cuando de lo que se trata fundamentalmente es del bienestar humano en todas sus dimensiones. El hombre es el alma, expresa con razón la sabiduría popular, y no existe progreso real si no obtenemos la necesaria participación de los ciudadanos en el proceso de cambio.

Un Frente Social que integre a una Colombia dividida entre un país marginado y un país participante, capaz de instaurar mecanismos que permitan una soberanía compartida entre el gobierno y el pueblo organizado. Sin la redistribución del poder de decisión es difícil encontrar los caminos del reparto equitativo del ingreso, de la tierra y de los bienes sociales.

Lo que caracteriza los grandes períodos de creación política es la insurgencia de hechos nuevos, de circunstancias diferentes, de análisis distintos que polarizan el comportamiento de las gentes.

Entramos en una década diferente, con inquietudes que golpean de manera más brutal. Tenemos que tomar conciencia de esa ola creciente que a veces pretendemos ignorar, de ese surgir de unas masas cansadas de esperar una redención que no les llega. La apremiante responsabilidad del momento presente es el problema de la pobreza y de la desigualdad, y por eso he convocado a la Nación a movilizarse para una lucha que no se libra en las fronteras, y que es una guerra nobilísima, porque busca erradicar del propio suelo, con coraje, los factores del atraso y la miseria. Para ello se requiere sacrificar los privilegios de los que tienen mucho, a fin de satisfacer los anhelos impostergables de los que nada tienen ni han tenido.

El Frente Social ha de ser, pues, una marcha solidaria de pobres y ricos para el progreso común; un proceso de liberación de energías reprimidas y de dinamismos atrofiados; una movilización de todo el país en la dura empresa contra la miseria, contra la ignorancia, la enfermedad, el desempleo y la tristeza. En una palabra, el Frente Social, cuyo objetivo es el pueblo, habrá de ser, tiene que ser, el gran propósito nacional.

Si el desarrollo económico no sirve para suprimir las injusticias y las desigualdades, o si aplaza indefini-

damente la solución a estos problemas, es un proceso equivocado, y rectificarlo es nuestro deber. No ciertamente reemplazando el crecimiento de la producción por repartos simplistas, ni el mejoramiento de la productividad por redistribuciones demagógicas. Pero sí vigilando que todo aumento de la riqueza aproveche de manera efectiva a todos los sectores que componen la nación, y en especial a los más necesitados.

Dentro de esta perspectiva, el desarrollo económico no puede divorciarse del desarrollo social. De lo que se trata es de que se respeten la dignidad humana, los derechos de los trabajadores, y de permitir que las masas participen de manera amplia y libre en el desenvolvimiento del país y logren su superación en cuanto hombres y como grupo social. Es así como, dentro de mi programa de alta prioridad inmediata, que integra los objetivos de la acción del gobierno, buscaré reforzar la educación, el empleo, la salud y la seguridad, el desarrollo equilibrado del territorio nacional, la vivienda y la recreación.

En la base de la miseria está la ignorancia. No podrá haber modificación en las estructuras mientras no haya cambio en las mentes y en las voluntades, ni habrá desarrollo sin hombres desarrollados. Las riquezas sólo existirán con hombres preparados para producirlas y aprovecharlas. El instrumento primordial que hoy tiene el mundo para alcanzar la igualdad es la educación. El derecho a la educación es un derecho tan elemental como la vida misma. Quien quiera la libertad de un pueblo tiene que ambicionar de igual manera la cultura para todos sus ciudadanos. La pobreza no puede ser un obstáculo para gozar los beneficios del saber ni debe convertirse en la frustración de inteligencias humildes que bien pueden contribuir a la grandeza de la patria.

Por esto resulta absolutamente insostenible, repugna a la propia conciencia, la aberrante distinción entre colegios “para ricos” y colegios “para pobres”. Ello mantiene un clima de diferenciación, de discriminación clasista, siendo así que la enseñanza es tarea que implica primordialmente un servicio público nacional. Un sistema educativo que contribuya a suprimir las disparidades será un instrumento que conduzca a la libertad, porque sólo en la medida en que se logre la igualdad de posibilidades para todas las gentes, entonces y sólo entonces, serán efectivas las auténticas libertades políticas y el verdadero querer democrático.

Una resultante de las fallas estructurales de nuestra sociedad es la emigración de profesionales que no encuentran manera de satisfacer sus aspiraciones económicas o simplemente culturales dentro del ambiente del país. Esto, que se ha llamado la fuga de cerebros, es inevitable en una sociedad de puertas abiertas, y sólo un desarrollo económico general podrá establecer el equilibrio entre las condiciones que

se ofrecen a los profesionales en su patria con las que buscan en el exterior.

Hay otra clase de emigración cultural que le causa al país gravísimo daño, en más altos niveles, de categoría indiscutible. Hay grupos de científicos colombianos, expertos en las más variadas disciplinas de la inteligencia, que han ido a los centros más notables del mundo a buscar los elementos indispensables para la investigación, que podrían asociarse en una especie de Colegio de Colombia, y ser, en cierta forma, los más elevados consejeros de las empresas gubernamentales de grandes proporciones.

Lo cierto es que crearían y estimularían una cultura superior universal que haría de Colombia otra vez, como en pasadas épocas, un foco intelectual de primera categoría. Estoy estudiando la posibilidad de realizar la incorporación al país de estos científicos que necesitan condiciones atractivas para regresar a la patria sin peligro de perder la atmósfera y las facilidades de investigación de que disponen.

Es mi propósito comprometer a todas las fuerzas vivas de la Nación y a los grupos políticos, sin que implique para ellos renunciamentos ideológicos, en un vasto programa y una gran acción colectiva que nos permita detener la carrera ascendente y explosiva del desempleo. Centenares de miles de colombianos se ven cruelmente forzados a mantener sus cerebros y sus brazos en ocio, condenados a la inutilidad.

El desempleo no es una simple cifra estadística sino problema de hambre y problema de frustración humana. El trabajo no es sólo un medio de ganarse la vida sino también de darle un sentido a la existencia. Colombia no podrá llegar a ser una nación próspera y ni siquiera justa dentro de este cerco de brazos improductivos.

Los estudios realizados, tanto por entidades internacionales como por organismos colombianos muestran la enorme complejidad de las soluciones. Será necesario actuar en muchos campos, pero no hay duda de que el país debe revisar la tecnología moderna para adaptarla a nuestras necesidades e inquietudes. El problema nuestro, a diferencia de las naciones industrializadas, es la abundancia de hombres y la escasez de capitales. Por tanto, cualquier método que desplace la mano de obra en favor del empleo de equipo ha de mirarse, salvo naturales excepciones, como un modelo extraño y seguramente peligroso.

Lógicamente el desempleo no podrá combatirse sin la necesaria cuota de sacrificios de todos los sectores, comenzando por el gobierno, los empresarios, y también por los que actualmente disfrutan de trabajo. Los grupos tienen que colocar la fidelidad a la nación por

encima de la de sus propios intereses. Los trabajadores todos, los industriales y patronos, las organizaciones y las instituciones tendrán que comprender que la lucha para crear empleo y elevar el nivel de vida de las gentes para recoger las aspiraciones nacionales, tiene que comprometer el esfuerzo combinado del Gobierno y del pueblo. Para que los marginados puedan tener acceso al trabajo productivo necesitamos un inmenso gesto de solidaridad y yo sé que la comprensión de los colombianos aceptará este reto.

También mi gobierno hará lo posible porque la salud no sea un privilegio de la riqueza. El pueblo tiene derecho a mirar con tranquilidad el porvenir frente a la amenaza de las enfermedades, la vejez y la incapacidad. Ello nos obliga a extender la seguridad social a nuevos grupos de compatriotas, que no se sentirán ya inermes ante la fatalidad de un futuro ensombrecido por angustiosas incertidumbres.

Los programas de vivienda están entrelazados con las oportunidades de empleo, pues al mismo tiempo que ofrecen protección y amparo crean innumerables posibilidades para los brazos cesantes. El desequilibrio entre la ciudad y el campo ha agudizado los problemas de habitación, por el crecimiento desordenado de nuestras urbes, ese justamente llamado regalo envenenado que la cultura de los países desarrollados les ha hecho a los países en vía de crecimiento.

El mito de la ciudad, fuente de bienestar y de riqueza, esa ambición irrefrenable de gozar de las conquistas de la civilización produce la atracción hacia ellos de una población rural frustrada, fascinada por unas promesas ilusorias. Se requiere una verdadera voluntad política para impedir que se mantengan presentes esta aglomeración de la miseria, esa proliferación de la pobreza y esas condiciones infrahumanas de inmensas zonas de nuestros ámbitos urbanos.

El país exige una reforma urbana, como complemento de la reforma agraria, que contemple soluciones audaces. En la periferia de nuestras ciudades, por las circunstancias de miseria en que viven ingentes grupos ciudadanos, estamos incubando el descontento y aun la revolución violenta. Aparece imposible construir una sociedad segura si no nos compenetramos de la extrema injusticia que significa la ausencia de techo para una impresionante masa de colombianos.

Nuestra política tenderá a atenuar los desequilibrios regionales mediante un conjunto de medidas legales y financieras que faciliten el crecimiento armonioso de las provincias y las ciudades, una distribución de los recursos y las riquezas naturales para explotar y transformar. Nuestra población se duplicará en los próximos veinte años y aproximadamente sus dos terceras partes se incorporarán a los centros urbanos. Será indispensable educarlos, darles vivienda, ocupar-

los, distraerlos, y ello nos obligará a gigantescas inversiones si no queremos renunciar al progreso y sumergirnos en mayores miserias y tensiones. La Patria es una y no porciones divididas. De ahí que una política ordenada a nivel nacional, que integre los sectores urbanos y rurales y que promueva ciudades intermedias, será el factor de impulso que consolide nuestra prosperidad futura.

Pero no basta para una vida digna la vivienda, la seguridad, el empleo y la educación. Es necesaria también la alegría. La recreación no es un lujo ni un adorno; como el mismo término lo indica, es un renacimiento: un volver a crear la existencia. Un pueblo alegre es un pueblo con vocación para el encuentro de un venturoso porvenir.

Habrà por esto énfasis especialísimo en el fomento de los deportes, del folclor, de los parques populares de diversión, del turismo social, y se procurará también intensamente llevar la televisión al alcance del pueblo.

Me siento particularmente ligado a los núcleos campesinos de mi patria, privados de toda seguridad económica, y cuya vida se enmarca en una irritante pobreza. Es indispensable que nuestro labriego tenga una razón para comprender el verdadero significado de nuestras libertades y de nuestro progreso; que sepa que los recursos del país también se canalizan a procurar su mejoramiento y el de la comunidad en su conjunto.

Los programas agrarios no detendrán su ímpetu. No se logrará la reestructuración del campo sin una reforma agraria integral que permita que los hombres sin tierra, o casi sin ella, puedan obtenerla, pero, además, hay que ayudarles con crédito, mercadeo, cooperativas, protección y amparo contra todos los riesgos.

La insatisfacción social sería acentuada si creemos de manera ingenua que simplemente tecnificando la explotación del suelo hallaremos las soluciones, sin ofrecer paralelamente oportunidades de ascenso a una población rural en miseria. Escogiendo el camino fácil podemos aumentar las desigualdades, la amargura, y permitiremos que continúen declinando las precarias condiciones de vida de los trabajadores del campo, con ansia inaplazable de cambiar su dura suerte ancestral.

Hay que demandar y ofrecer una participación más directa de la juventud, cuyas aspiraciones generalmente no coinciden con nuestras propias ambiciones, ni siquiera con las que fueron las aspiraciones y las ambiciones de nuestra propia juventud. Pero ello no nos puede llevar a ignorar a los jóvenes, ni a mover su escepticismo con respecto a nosotros, ni a pretender decir por ellos lo que ellos sienten que nosotros no sentimos.

En el fondo de la rebeldía de la juventud hay mucho de inseguridad ante una vida llena de interrogantes negativos y ante una sociedad que sus voluntades y sus inteligencias miran injustas. Ese formidable potencial humano, inconforme y animoso, esas dos terceras partes del corazón mismo de Colombia, cualesquiera que sean sus excesos, deben ser los valores determinantes para romper los egoísmos y la apatía en que constantemente nos debatimos.

Ofrecí durante la campaña presidencial defender la ciudadanía política para los mayores de 18 años. Propugnaré la reforma constitucional que consagre tales derechos, para que millares de nuevos ciudadanos aporten el vigor de la juventud, su entusiasmo y su idealismo a las soluciones del país. Comprender la juventud es entender el futuro, y vincularla al proceso político es rejuvenecer la patria.

La esencia del progreso es la voluntad de un pueblo de ser afirmativo en el presente y de proyectarse en el porvenir. Ello nos impone la necesidad de formular un programa de gobierno, que sea capaz de unir voluntades y que con aliento e ilusión ponga en marcha las almas y los hechos.

Tenemos que dar un paso gigantesco para acompañarnos con la encrucijada que vive en estos tiempos la humanidad. Estamos en el tránsito acelerado de una economía de bienes y riquezas hacia una civilización del saber, en la que el éxito dependerá directamente de los conocimientos y de la voluntad de aplicarlos. Todo trabajador, en un futuro no muy lejano, tendrá que ser en cierta medida Un operario intelectual, un hombre capaz de aplicar conocimientos generales a problemas siempre nuevos. Y, por lo tanto, más que económica y tecnológica esta evolución ha de ser de orden cultural, que despeje con impulso creador y apasionado panoramas más amplios.

Yo lo he dicho y vuelvo a repetirlo en este solemne instante. No concibo el gobierno, ningún gobierno, el mío inclusive, sin oposición organizada, dentro del orden constitucional. Aun suponiendo que todas mis aspiraciones de bien público no tuvieran una sola falla y se ejecutaran cabalmente, debería existir una parte de los colombianos en desacuerdo con ellas, y luchando por imponer otras, cualesquiera que ellas fueren. Luchando en los cabildos, en las asambleas, en el Congreso.

Luchando con el ejercicio de los derechos que la Carta consagra, los de libertad de opinión, de prensa, de palabra, de reunión, de asociación, y bajo la protección que se da a la ciudadanía para que no sea víctima de atropellos por la fuerza pública o por los jueces o por el gobierno civil. Proponiendo nuevas leyes o enmendándolas. Combatiendo al gobierno y vigilando de cerca su funcionamiento, para que ningún hecho irre-

gular deje de tener sanción y reparación. Pero no desafiándolo con la fuerza, con el pretexto inaceptable de que él encarna una violencia establecida contra la cual toda violencia es moralmente legítima, principio que es, aun en sus formas más nuevas, el más antiguo fundamento de la acción anárquica.

Contra esos procederes, el Gobierno que hoy se inaugura actuará con la mayor rigidez, no sólo porque la anarquía es abominable sino porque de acuerdo con la Constitución que he jurado cumplir, ese es uno de los inexcusables deberes del presidente de la república. Pero, además, porque la bandera del orden es la misma del desarrollo. Es también la bandera del cambio social. Y esta sociedad colombiana, que queremos más justa, sólo pueda proseguir su camino hacia una etapa de mayor prosperidad bajo un gobierno firme, estable, no sujeto a las amenazas y a las extorsiones, y que pueda proteger a todos los colombianos que trabajan, en su vida, en su hacienda, en su honor, en su libertad. Un país anarquizado no será más que una prolongación indefinida de la pobreza, la inestabilidad, la inflación, y por sobre todo será la renovación de la violencia, que nadie ha sufrido en idéntico grado a como la soportaron los colombianos.

Yo no soy autoritario como no lo fue ninguno de mis antecesores del Frente Nacional. Porque el autoritarismo es un ejercicio del poder más allá de sus límites, y yo estoy decidido a mantenerme firmemente dentro de ellos, es decir, dentro de la Constitución y las leyes de Colombia. Pero en esa Constitución y en los códigos sustantivos están señalados, descritos y castigados los actos que no pueden cometerse en el seno de la sociedad colombiana, ni con pretexto político, ni sin él. Y el gobierno tiene obligaciones explícitas cuando esa clase de conducta se presenta, y esas obligaciones, una a una, cualesquiera que fueren las consecuencias, las cumpliré rigurosamente.

Para ello me valdré de aquellos instrumentos que son el brazo ejecutivo del Gobierno, la prolongación natural de su acción, y de los jueces, que están señalados para aplicar esta ley en un ámbito sereno y con todas las formalidades que ella misma establece. La nación sabe que las Fuerzas Armadas no tendrán vacilación en el ejercicio de sus funciones, pues su lealtad es un patrimonio de honor que las enaltece ante la mirada civil de la república y las destaca a la gratitud ciudadana y a la admiración de nacionales y extranjeros. La justicia tampoco será indiferente al compromiso histórico de dar seguridad a la sociedad amenazada. Pero, además, la inmensa mayoría de los colombianos está de acuerdo en el empleo legítimo de la autoridad. Colombia no sólo va a ser visible, sino grata, justa; ambiente respirable y puro para todos los que la habitan, mientras no se salgan de la ley, la desafíen o propugnen la anarquía y el caos.

En la campaña electoral se puso de presente por uno de los expresidentes que parecía necesario acomodarse a las circunstancias creadas por la movilidad y falta de disciplina de las fuerzas políticas históricamente representadas en sus dos grandes partidos, haciendo que la elección presidencial no se decidiera sino por el voto de la mayoría absoluta de los electores.

En más de una ocasión en el país ha ocurrido que el presidente sea elegido por una simple mayoría sobre los demás candidatos, cuando ha habido más de dos, fenómeno que probablemente se presentará cada vez en el futuro. La fórmula aconsejada implicaría una segunda elección, que puede realizarse por el Congreso, como en ciertos países, o mediante el perfeccionamiento de la elección en unas nuevas votaciones populares, exclusivamente contraídas a los dos candidatos con mayor número de votos. Este último procedimiento parece ser el más recomendable, y puede dar lugar a coaliciones de fuerzas políticas con asentimiento del pueblo, ventajosas para preservar en Colombia el juego armonioso de las instituciones cuando haya terminado la vigencia del Frente Nacional. Su viabilidad y eficacia además ha sido probada en Francia con pleno buen éxito en la quinta república.

Con el gabinete estudiaremos los términos en que queríamos presentar esta iniciativa a la ilustrada consideración del Congreso, con la certidumbre de que ahora, al comienzo del gobierno, y cuando nadie puede pensar que se está prejuzgando la elección de mi sucesor, es el momento para deliberar sobre su conveniencia. El no improbable enardecimiento de la lucha política por el control del gobierno, ausentes las limitaciones y fueros que el Frente Nacional impone, la hacen todavía más aconsejable.

Ha sido tradición inquebrantable de Colombia, a lo largo de su existencia, recurrir a la conciliación para dirimir toda diferencia con otros Estados y apelar siempre a los procedimientos de arreglo pacífico que consagra el Derecho Internacional. Esta manera de obrar hace parte de nuestra arraigada convicción acerca de la necesidad de eliminar toda especie de violencia o de coacción en las relaciones entre los pueblos civilizados. Nos enorgullece recordar que hemos alcanzado la integridad nacional y ha sido ya definitivamente demarcado el perímetro de nuestras fronteras, después de muchos años de prolongadas negociaciones y litigios, en los cuales aplicamos sin variaciones este diáfano criterio jurídico.

Estos principios de nuestra política tradicional tienen vigencia insustituible en todas las circunstancias en que podamos bailarnos y de esa manera procedemos en el diferendo sobre la delimitación de la Plataforma Continental con nuestra hermana república de Venezuela, a la cual nos ligan los más estrechos y ca-

ros vínculos espirituales, por la sangre derramada en aras de la conquista común de la libertad y la independencia, y nos une además el culto perenne que rendimos a la memoria de Bolívar, el Padre común de nuestras dos naciones. No sería concebible siquiera que esta diferencia de carácter netamente jurídico pudiera perturbar nuestras fraternales relaciones. A la nación venezolana se le admira y se le profesa un hondo sentimiento de amistad y afecto en nuestro país, que ha tenido oportunidad de tributar al Excelentísimo señor presidente Rafael Caldera el homenaje debido a su pueblo, a su persona y a su alta investidura del gobernante de una nación ilustre.

Confío sinceramente en que el estudio sereno y cordial de las dificultades con que hemos tropezado nos llevará a hallar una solución justa para ambas naciones.

Nuestro hemisferio está en mora de realizar más ambiciosos avances para lograr una integración económica. Es una de las mayores urgencias de la hora presente, cuando asistimos a una evolución trascendental de las economías nacionales a las economías regionales y a la organización de los "Pueblos-Continente". El marco estrecho de las fronteras de cada estado se ha dilatado para adoptar métodos asociativos de mayor eficiencia en los grandes espacios continentales.

El proceso de la integración de América Latina ha comenzado dentro de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, con la espléndida realidad del Mercado Común Centroamericano y con otras iniciativas tan valiosas como el Acuerdo de Integración Subregional de los países andinos. Sin retroceder en el camino de esos logros afortunados, considero que América Latina debe acometer confío en que todos cumpliremos, consagrando nuestras energías y congregándolas ante esta situación de grave emergencia nacional.

Pero la urgencia de las soluciones no debe tampoco hacernos perder de vista que ha de planearse el futuro de Colombia. El mundo avanza y el ritmo de las transformaciones, particularmente audaz en nuestra época, exige previsiones de largo alcance. Yo quisiera que los colombianos nos detuviéramos a meditar en lo que va a ser nuestra Patria en las próximas décadas. Porque, como antes lo dije, la población será en sólo veinte años de cuarenta millones de habitantes. La población urbana va a cuadruplicarse en veinticinco años. El desempleo, que hoy día se acerca al millón de seres, sería en quince años de cuatro millones si desde ahora no pensamos en soluciones radicales.

Recibo el gobierno de manos de un estadista ejemplar, que con austeridad republicana ha puesto en orden nuestra casa, nos ha devuelto la estabilidad económica y ha quebrantado grandes desequilibrios sociales existentes. Hemos adquirido más seguridad ante noso-

tros mismos, mayor sentido de participación y más honda conciencia de progreso. Ante el mundo, Colombia presenta hoy una nueva imagen: la de un país sólidamente estructurado en sus instituciones, que infunde respeto y admiración por su tenaz lucha en modernizar el Estado y en mantener los perfiles de su democracia. Estoy vinculado a esta difícil etapa de la vida colombiana, y quiero reiterar a los colombianos que mi solidaridad con la obra del presidente Lleras Restrepo constituye para mí no sólo un elemental deber político, sino un simple y necesario acto de justicia, en el cual estoy seguro de interpretar los sentimientos de una nación agradecida.

La fortaleza de un pueblo depende de su capacidad de reflexión sobre el porvenir. Una nación que no piensa en el futuro no conquistará la grandeza. Es posible que en medio de una aparente confusión lo que estamos atravesando sea una época de características históricas, que al mirarse más tarde nos indique que la convulsión y el descontento eran el sacudimiento propio de una vitalidad que nos conducía a la formación de instituciones más sólidas.

Hago un llamado a todos los colombianos, en este primer acto de gobierno, a que recobremos la confianza en nosotros mismos, la fe en nuestras propias fuerzas. La política de la desesperanza no corresponde a las tradiciones espirituales de nuestro pueblo. Demostremos lo que es capaz de realizar un pueblo cuando lo mueven unos propósitos y elevados objetivos. Estamos ante uno de aquellos desafíos que pueden cambiar el curso de los acontecimientos. Nos une la identidad en el anhelo del cambio social y debemos comprobar que vamos más allá de las palabras con el ánimo de hacerlas realidades. Que las futuras generaciones no nos juzguen solamente por nuestros errores y frustraciones, sino que entiendan que en medio de nuestras equivocaciones fuimos capaces de acercarnos para pensar en obras grandes y realizar nobles empresas de hondo contenido humano. Que el afán por la justicia social, lejos de dividirnos, sea el estímulo que congregue una Nación en la juventud y la esperanza.

Débil es el hombre, y más débil se siente al asumir una responsabilidad abrumadora. Sólo es fuerte en la confianza en Dios. Siguiendo el ejemplo del mayor de los oradores cristianos, yo solamente le pido, en esta alta emergencia de mi vida, que me conceda el don de la serenidad para aceptar sin amarguras las cosas ingratas que no me fuere dable modificar; la sabiduría y el tacto indispensables para que pueda distinguir sin error, y en toda ocasión, aquello que convenga a la república de aquello que la dañe; y la intrepidez y el valor necesarios para ajustar mis actos, durante todo el tiempo de mi mandato, a los designios de la Providencia y al bien de Colombia».